

Las pecheras de Apá

Rosita Silva

“Míja, me mandaron por ti para que vengas a cenar”, me dijo Apá. ¡”Pero se me antojó un pepino, ¿me pelas uno, *por favor*”? le suplicaba, con una mueca inocente, a la cual yo sabía que él no se negaría. Antes de terminar la pregunta, Apá ya había sacado la navaja que siempre llevaba en la bolsa de sus pecheras desteñidas. ¡“Claro que sí, pero después, nos vamos a cenar”!, me respondió. Minutos después me estaba saboreando las rebanadas crujientes y tan sabrosas, con una pizca de sal. ¿“Y cómo me encontraste”? le pregunté, mientras observaba una mariquita que caminaba sobre las calabazas. “Pues, como no maromeabas en el zacate; no estabas cazando cangrejos en la zanja; y tu bicicleta está recargada en la puerta del patio, sabía que estarías aquí, robándote mis verduras”. Guardó su navaja en su bolsillo y tomados de la mano, nos fuimos rumbo a la casa.

Apá era mi abuelo materno y toda mi niñez crecí al lado de él. El apoyo y el cariño que me brindara fueron más que suficientes, que suplieran la ausencia de mi padre irresponsable. Yo era su consentida y Apá—mi héroe.

Era un hombre de estatura bajita y de tez morena, muy trabajador y siempre llevaba pecheras porque se la pasaba trabajando en su enorme jardín, arreglando algún carro o construyendo cualquier cosa que hacía falta. En sus bolsillos siempre llevaba cosas indispensables: un desarmador, pinzas, su cartera, las llaves de su auto, su navaja y nunca faltaba un paquete de chicles “Juicy Fruit”. Hasta la fecha, cuando me da el olor de ese chicle, no puedo evitar recordarlo, al igual el olor de pepino.

Muy afanoso durante todo el día, hasta caer la tarde, cuando se sentaba a leer el periódico después de la cena. Es algo admirable de él porque nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela; sin embargo, por iniciativa propia, aprendió a leer, escribir y hablar el inglés a la perfección, y siempre nos relataba las noticias del día. Sin darme cuenta, con la rutina de Apá, sembraría la semilla, de una forma inconciente, mi gran deseo de escudriñar en los caminos del periodismo.

Seguía mucho a Apá toda mi niñez, y hasta en ocasiones lo acompañaba a trabajar durante las vacaciones escolares. Me sentía muy importante a su lado en la ruta del camión, en la cual fuese el chofer. En realidad, mi única responsabilidad fue comerme el almuerzo que Amá hubiese preparado para él.

Un día, Apá llegó del trabajo tan emocionado que no podía hablar. Por casualidad, mientras platicaba con un compañero del trabajo, se había enterado que ¡su mamá estaba viva!

Su padre le había hecho creer lo contrario desde la edad de tres años. Su niñez fue muy cruel y triste porque su padre lo dejaba con cualquier persona mientras trabajaba—sin importarle como lo trataran. Su papá le contó que su madre los había abandonado por huir con un hombre y que unos cuantos meses después, había fallecido. Toda su vida creció con odio hacía la mujer que le había dado la vida.

Por primera vez lo vi cabizbajo y confundido.

Después de hacer una llamada lleno de emoción y ansiedad por saber la verdad, Apá, a sus 67 años, confirmó que su madre—mi bisabuela, Micaela, efectivamente vivía en Texas y lo esperaba con brazos abiertos.

Toda mi familia hizo el viaje para que Apá y su madre se reunieran. Todos los días era una fiesta con infinidades de familiares que nunca habíamos conocido, fue algo increíble. Mi bisabuela abrazaba una y otra vez a su “hijo perdido”.

Su mamá le explicó a su manera la realidad del pasado. Los malos tratos, el abuso y el machismo—propios de la época, y ante la amenaza de tomar caminos diferentes, le negara el derecho de crecer al lado de su madre.

Después de la reunión, se estableció una comunicación excelente entre ambos. Se escribían cartas, hablaban por teléfono y hasta se visitaron algunas veces antes de que ella falleciera. Años después, él falleció, con la alegría de haber encontrado a su madre y no con ese vacío inmenso en su corazón.

Seis meses después de que muriera, mi madre y yo, en el tras guardar las cosas personales de Apá, nos encontramos unas pecheras—aún con algunos objetos, y por supuesto: un paquete de chicles. Pero lo más importante fue una carta que le había escrito su madre. Cabe notar que la carta estaba tan frágil, como si fuese leída una y otra vez—las hojas amarillentas, con dobleces muy marcados y las letras casi borrosas, que compaginaban perfectamente lo desteñido de sus pecheras, desgastadas por tanto uso.